

*Pedro Joseph Rodríguez y González fue un raro genio de las matemáticas, la geodesia y la astronomía que había estudiado ciencias sólo “por libre”.*

**“O MATEMÁTICO DE BERMÉS”  
Memoria apasionada de un hombre sabio**

Armando Vázquez

Cuando me fue solicitada una colaboración para el número inaugural de esta publicación –a la que deseo muchos años de vida al servicio de la comarca–, me pareció llegado el momento de saldar una inaplazable deuda familiar, siempre pendiente, con la memoria de este genio de la ciencia nacido en Deza.

Pedro Joseph Rodríguez y González (1770-1824), conocido, primero en su comarca natal y después en los círculos académicos gallegos, como “O Matemático de Bermés”, tuvo la mala fortuna de vivir en uno de los períodos más aciagos de la reciente historia de España. La invasión napoleónica, la lucha a muerte entre absolutistas y liberales, la corrupción administrativa y los estertores agónicos del Antiguo Régimen contribuyeron sin duda a su fallecimiento a los 53 años, en plena madurez intelectual, cuando estaba poniendo al servicio de la ciencia y de la convivencia en España todo el saber que había acumulado durante sus largas estancias en las universidades y en los centros científicos de media Europa.

Por una u otra razón, y sin duda pesó entre ellas su talante liberal, lo cierto es que Rodríguez ha quedado relegado a un olvido casi total; y sólo se encuentra su nombre en los tratados específicos sobre la ciencia española en el siglo XIX –como el de Menéndez y Pelayo<sup>1</sup>– y ocupa un lugar sólo discreto en la reducida nómina de los científicos gallegos de todos los tiempos.

De “O Matemático de Bermés” se sigue echando en falta un estudio a fondo de su personalidad como prototipo gallego del hombre de ciencia heredero de la Ilustración, humanista y liberal, creyente y librepensador, católico y anticlerical, y por consiguiente “afrancesado”, en el mejor sentido de la palabra. El fue uno de los primeros gallegos “europeos”, enciclopedista por la amplitud de sus conocimientos e inquietudes, y “compostelano” por su formación universitaria, por la curiosidad de su espíritu inquieto y por su inalterable fidelidad a la tierra gallega.

Otro ilustre dezano, D. Ramón María Aller, dedicó a su paisano el mejor homenaje a su vida y a su obra, al poco tiempo de cumplirse el centenario de su muerte: una monografía de 70 páginas, publicada en 1929<sup>2</sup>; el “Milagro de Lalín”, como le llamaba Castroviejo, relata con estilo entrañable los primeros años de Rodríguez, sus estudios y triunfos académicos en la Universidad, sus andanzas europeas, sus inquietudes y decepciones políticas; y se detiene sobre todo en el análisis de sus aportaciones al cálculo matemático, a las mediciones geodésicas, al estudio de la mineralogía y a la astronomía.

Cualquier referencia posterior al científico de Bermés pasará necesariamente por la consulta del libro de Aller. A él recurre el catedrático Vidal Abascal, un asturiano muy vinculado a Lalín, en sus artículos y conferencias sobre los científicos gallegos; Paz Andrade, en su discurso de ingreso en la Academia Galega de Ciencias, en 1985<sup>3</sup>; y Filgueira Valverde, en el opúsculo que le dedica en su serie de biografías de “pontevedreses universales”<sup>4</sup>. El fecundo polígrafo aporta, además, numerosos datos inéditos acerca de nuestro paisano, espigados entre los fondos epistolares procedentes de su amigo y albacea, Suárez Freire, y de su sobrino, el filólogo Rodríguez, que conserva el Museo de Pontevedra. Más recientemente, Carlos Brandido, otro lalinense experto en la difícil ciencia de los números, ha logrado resumir en un artículo las aportaciones del sabio de Bermés al estudio de la forma y dimensiones de la Tierra<sup>5</sup>.

1 Menéndez y Pelayo, M., “La Ciencia Española”, III, pág. 231, reedic. 1994, Madrid.

2 Aller Ulloa, Ramón María: “D. José Rodríguez González (O Matemático de Bermés)”. Volumen III de Arquivos do Seminario de Estudos Galegos, Santiago, 1929.

3 Paz Andrade, Valentín, “O home dentro do sabio: Pedro Joseph de Bermés (1770-1824)”. Discurso de ingreso en la Academia Galega de Ciencias, con la respuesta del profesor Vidal Abascal. Santiago de Compostela, 1985.

4 Filgueira Valverde, José: “El Dr. José Rodríguez González, O Matemático de Bermés”. Imprenta de la Diputación Provincial, Pontevedra, 1988.

5 Brandido Gutiérrez, Carlos: “Contribución dun sabio galego á determinación da forma e dimensións da Terra. Xosé Rodríguez González, matemático, astrónomo e xeodesta”. Revista “Lucensia”, número 9. Lugo, 1994.

D. Armando Cotarelo y Valledor, uno de los investigadores más prolíficos de la historia gallega, mostró asimismo en los últimos años de su vida un especial interés hacia la figura de Rodríguez. Estuvo en su casa natal, en Bermés, en más de una ocasión durante los años cuarenta, recabando información oral y documental acerca de él, y mostrando incluso interés por muebles y utensilios domésticos que podrían corresponder a su época. Se llevó, por ejemplo, un viejo mortero (a cambio de otro que él compró al efecto), y quería llevarse también la tradicionalmente conocida en la familia como “a cama do Matemático”.

Es probable que lo primero que llevó Cotarelo a Bermés fue su deseo de documentarse acerca del sobrino del científico, Francisco Javier Rodríguez Gil, autor del primer diccionario gallego, sobre el que dio a la imprenta en Madrid un opúsculo en 1943. Sin embargo, lo que pudo haber recopilado acerca del Matemático no llegó a recogerlo en ninguna publicación, quizá debido al empeoramiento de su salud y a su fallecimiento en 1950. Cotarelo ya había publicado asimismo sendos estudios sobre dos destacados amigos de Rodríguez en Santiago, y cabe suponerle dueño de una amplia documentación sobre nuestro paisano. Sin embargo, los intentos que hemos hecho por localizarla han resultado, hasta ahora, infructuosos<sup>6</sup>.

Dicho todo lo anterior, sólo resta desear que las páginas siguientes ayuden a mantener viva la memoria de “O Matemático de Bermés”, al menos entre sus paisanos de Deza, principales destinatarios de estos cuadernos impresos, cuyo primer número acaba de ver la luz.

## 1. DE BERMÉS A MONFORTE DE LEMOS

Pedro Joseph Rodríguez y González nació el 25 de octubre de 1770 en la aldea de Bermés do Fondo, parroquia de Santa María de Bermés (Lalín, Pontevedra). Era hijo legítimo de Ambrosio Rodríguez y Francisca González; nieto paterno de Ignacio Rodríguez y Ana Fernández, vecinos de Bermés; y materno, de Vicente González y Benita Ramos, vecinos de San Martín de Lalín. Recibió las aguas del bautismo a los tres días de nacer, apadrinado por D. Pedro Villar, presbítero avecindado en Donramiro, y Josefa González, de Lalín.

<sup>6</sup> Cotarelo y Valledor, A., “Rey Chiquito o los rojos de antaño en Compostela”, Madrid, 1941; “Hombres de antaño: Suárez Freire”, en la Revista de la Universidad de Madrid, tomo II, 1942; y “Filólogos gallegos: Rodríguez Gil”, Imprenta Universal, Madrid, 1943.

El sobrino del Matemático, Francisco Javier Rodríguez Gil (Bermés, 1797-Santiago de Compostela, 1860), fue un destacado exponente del clero ilustrado de Santiago durante la primera mitad del siglo XIX. Bibliotecario de la Universidad compostelana y de la Sociedad Económica de Amigos del País, fue autor del primer diccionario gallego, publicado en La Coruña tres años después de su muerte. Acerca de su vida y de su obra, véase la monografía antes citada de Cotarelo y Valledor (“Filólogos gallegos: Rodríguez Gil”, Imprenta Universal, Madrid, 1943) y “Contribución a la crítica de la lexicografía gallega. El diccionario de Fco. J. Rodríguez”, de José Luis Pensado (Universidad de Salamanca, 1976); en las 412 páginas de este libro, el autor realiza un exhaustivo estudio crítico de la obra del filólogo de Bermés.



Vista del parque dedicado en Bermés al recuerdo del Matemático.

La partida bautismal se conserva íntegra, afortunadamente, en los libros parroquiales de Bermés, archivados ahora en Lugo; y por esos mismos textos podemos saber que la feligresía tenía entonces los mismos “lugares” que hoy y una población similar, en torno a 400 almas, con menor número de vecinos pero con familias más numerosas. Registraba una alta tasa de mortalidad infantil y un censo de pobres relativamente alto: “No tenía de qué hacer testamento”, consigna a cada paso el Libro de Difuntos, que anota asimismo los funerales celebrados por vecinos emigrantes en Madrid, Pontevedra o Lisboa. Por otros censos y catastros, sabemos que a finales del XVIII la población de la parroquia estaba formada por pecheros, media docena de clérigos de misa y olla y dos hidalgos. El Monte do Carrio y su capilla de San Adrián, la iglesia románica (que sería remodelada en 1852), la tradición local del convento templario, el Carballo Grande, la popular “feira das mulas” en el lugar de O Vento...<sup>7</sup>

Disculpe el lector la digresión, pero esos puntos de referencia nos pueden servir para ilustrar el pequeño mundo que rodeó la primera infancia del niño José Rodríguez. Todo lo que digamos acerca de sus primeros años es pura elucubración sentimental, aunque nos atreveríamos a imaginarlo curioseando todo cuanto le rodeaba, soñador, tal vez introvertido y tímido. “Seica xa fora moi listo de pequeno”, se sigue recordando en la familia. Y muy poco, o nada más.

<sup>7</sup> González Alén, D. y Vázquez, Armando, “A comarca de Deza”, 2ª edición, págs. 259 y 507. Diputación Provincial de Pontevedra, 1997.

El niño era sin duda muy inteligente, tenía interés por saber más y hasta habría mostrado deseos de estudiar. Pero no hubiese salido de su estrecho marco rural si no se diese una circunstancia providencial: su padrino había profesado como religioso mercedario en Monforte y consiguió una plaza para su ahijado, que acababa de cumplir diez años, en el prestigioso Colegio de la Compañía. Ciertamente el nivel del centro había descendido, al ser abandonado por los jesuitas tras su expulsión por Carlos III pocos años antes (1767), pero seguía siendo un lugar privilegiado, sobre todo para un niño que sólo habría aprendido las primeras letras en la “escuela do ferrado”, así llamada por lo que cobraba el “maestro” por alumno y año.

Los cinco años que Rodríguez pasa en Monforte de Lemos afianzan su vocación por el estudio y su afición a la ciencia de los números, sin olvidar las Humanidades. Sólo sabemos que allí cursó Gramática y Artes, y que el fallecimiento de su protector le obligará a dejar el Colegio. Su familia carecía de medios para seguir costeando sus estudios, pero él se marcha a Santiago “con lo puesto”. Acaba de cumplir sólo 16 años, y se dispone a hacer realidad a toda costa su gran ilusión: acceder a las aulas universitarias en la capital gallega del saber.

## 2. DE LAS RUAS A LA CÁTEDRA

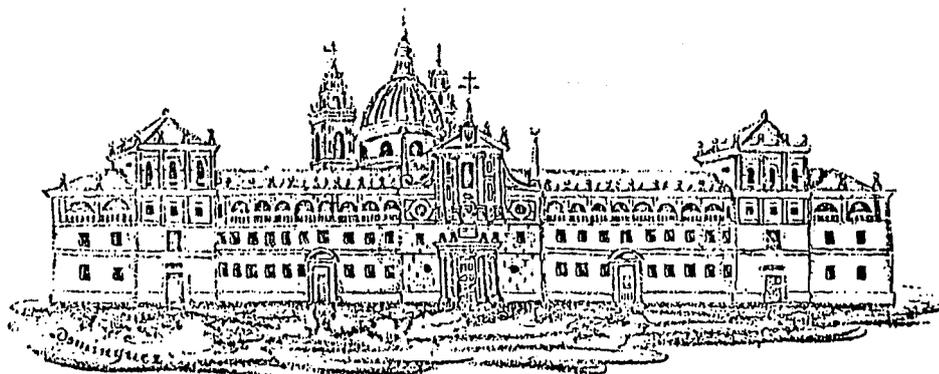
Al estudiante de Bermés le aguarda un año difícil en las ruas compostelanas. Lo pasará mendigando una beca de estudio, comiendo la “sopa boba” de los conventos y durmiendo Dios sabe dónde<sup>8</sup>. Pero no malgastó su tiempo. Oposita y gana una beca para el siguiente curso en el Colegio de San Jerónimo<sup>9</sup>, y en él que se gradúa en Filosofía en 1790; cuatro años después es bachiller en Teología, con la máxima calificación, y culmina los estudios de esta materia en 1796.

Por la formación recibida, Rodríguez estaba llamado al sacerdocio (“querían metelo a cura”, también se recuerda en la familia), pero él prefiere dedicarse a la ciencia, y en concreto a las matemáticas, en las que se había venido preparando –“por libre”, en palabras de su sobrino– durante todos esos años<sup>10</sup>. No posee ningún grado académico que avale su dominio del cálculo, pero cuan-

8 Rodríguez Mourelo, J., “La España del siglo XIX”, conferencia, Librería de San Martín, Madrid, 1886 (citado por Paz Andrade, pág. 33)).

9 “San Jerónimo –escribe Otero Pedrayo– fué Colegio Menor para “artistas”, estudiantes pobres, en número de 24, de Artes (Súmulas, Lógica y Filosofía), gallegos, vestidos de manto de burriel sin beca, gobernados por un vicerrector, sometidos a una disciplina y penuria que contrastaban con la riqueza de sus vecinos de Fonseca” (“Guía de Galicia”, 2ª edic., pág. 535, Sucesores de Gali, Santiago, s/a).

10 “Biografía de D. José Rodríguez, etc”, escrita por su sobrino Francisco Javier Rodríguez Gil, bibliotecario de la Universidad; ocho hojas de papel rayado, que se conservan entre los fondos relativos al sabio de Bermés del Museo de Pontevedra (Col. Sampedro, C. 8).



COLEGIO DE HUMANIDADES DE MONFORTE

Un grabado de época del Colegio de la Compañía, en Morforte, en el que cursó estudios el futuro científico.

do queda vacante la única cátedra de Matemáticas –por llamarla de alguna forma– que existía en la Universidad, solicitó el puesto, alegando ante el Consejo de Castilla que había aprendido tales materias “por particular inclinación al estudio de estas ciencias, sin perdonar medio alguno de instrucción en los más célebres autores de matemáticas (...) hasta llegar a poseer medianamente los ramos de aritmética, álgebra, geometría, trigonometría plana y sublime, curvas algébricas y cálculo diferencial integral y el de las variaciones, juntamente con los principios de hidrostática, astronomía y aplicación respectiva a dichas ramas”<sup>11</sup>.

Tras ocupar la cátedra como sustituto durante dos años, en el 1800 opusió a ella ante un tribunal formado por los mayores expertos que la Universidad pudo reunir (profesores de Marina de El Ferrol y emigrados franceses), y previo su informe el Claustro acordó el nombramiento de Rodríguez. Ya no había sentado bien su ocupación de la cátedra como sustituto, y peor sentó su acceso a ella en propiedad: el Dr. Pecul (de una influyente familia de plateros), apoyado por el mismo Lucas Labrada, la había disfrutado algún tiempo interinamente, y consiguió que el Real Consejo lo repusiera en ella; pero el Claustro confirmó a Rodríguez en el cargo. Ya tres años antes, a raíz de su nombramiento como sustituto, la Universidad había alegado que “a juicio de los inteligentes, a quienes merece los más altos elogios, es uno de aquellos genios que de raro en raro forma la Providencia para los conocimientos sublimes”<sup>12</sup>.

La toma de posesión de la cátedra (11-4-1801) y el primer curso que imparte en ella marcan el inicio de la “vida pública” del Matemático de Bermés,

<sup>11</sup> Solicitud de Rodríguez al claustro de la Universidad, con registro de entrada en el Consejo de Castilla el 12-12-1897; AHN, Universidades, Santiago, 2711-5474.

<sup>12</sup> “Representación a S.M.” de 12-12-1898, cursada por el claustro universitario de Santiago.

de sus idas y venidas por los cenáculos científicos de Europa y por los caminos de España. Es como si supiera que había cruzado ya el meridiano de su vida y que le quedaban menos de 25 años para saciar su insaciable curiosidad por saberlo todo acerca de los números, de las plantas, de los minerales, del universo entero...

### 3. DIEZ AÑOS POR EUROPA

Con el deseo o la excusa de adquirir instrumental para los gabinetes de ciencias de la Universidad y de respirar los vientos que soplaban en los centros académicos europeos, consigue un permiso para trasladarse a París, hacia donde sale el 19 de junio de 1802, con la ayuda económica de un grupo de admiradores y amigos<sup>13</sup>. Cinco meses después, envía sus primeras remesas de libros y material a Santiago, al tiempo que se lamenta de que sólo las universidades de España “estén mudas” mientras asisten a “los descubrimientos y adelantamientos que se hacen diariamente en las ciencias” en las europeas<sup>14</sup>.

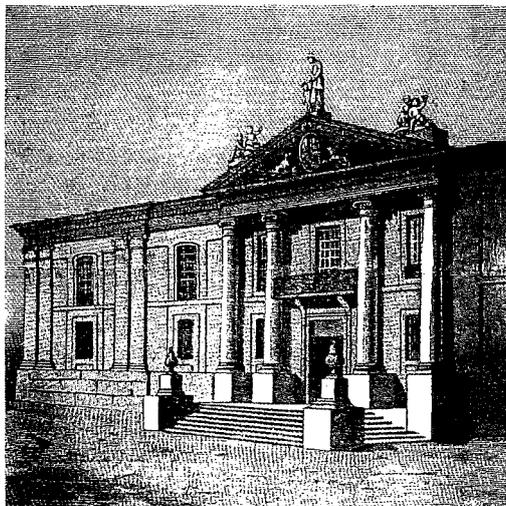
En la capital francesa entabla amistad con los científicos más conocidos de la época, como Delambre o Laplace, y más tarde con las jóvenes promesas Arago y Biot, y termina impartiendo clases en el Ateneo de las Ciencias. Mientras tanto, en Santiago, a la vista de sus promesas no cumplidas de reincorporación a la Universidad, lo dan de baja en la cátedra, si bien el Claustro decide mantenerle la mitad de su nómina, e incluso acuerda dirigir una súplica al rey para que le conceda alguna ayuda. Por su parte, Rodríguez sigue enviando instrumental e información de todo cuanto pueda interesar de París, y finalmente –sin duda a causa de su mala situación económica– anuncia que regresará en el verano de 1806, para impartir el siguiente curso. Una promesa más que no podrá cumplir, aunque esta vez no por culpa suya.

---

13 “He oído referir que Rodríguez González concurría todas las noches a una botica de Santiago donde se reunían personas de edad madura, a quienes cautivaba su trato, entendimiento e instrucción, y tanto hubo de agradecerles el joven profesor que decidieron costearle su viaje a París, a fin de que perfeccionase sus conocimientos” (Rodríguez Mourelo, J., ob. cit.).

Entre los amigos compostelanos de Rodríguez destacaba el canónigo “ilustrado” Pedro Antonio Sánchez (1749-1806), fundador de la Sociedad Económica de Amigos del País y uno de los pioneros del abolicionismo gallego, que cifraba el progreso integral de la región en la desaparición de las viejas estructuras; estaba asimismo el que sería su fiel confidente de toda la vida, Julián Suárez Freire, boticario de cámara de S. M., futuro catedrático de Farmacia y principal destinatario de su correspondencia; en su casa de Santiago falleció el sabio de Bermés, y fue el encargado de cumplir sus últimas voluntades. Otro amigo de Rodríguez era Francisco Rey, el popular “Rey Chiquito” (estudiado por Cotarelo, ob. cit.), activista liberal e impresor, al que nuestro paisano tacha en un momento de “perillán”, por haberle ocasionado un grave quebranto económico con la venta de los calendarios. Tan harto llegó a estar de esta aventura “comercial” que a la vista de los problemas que le ocasionaba el primer ejemplar, impreso por su amigo Rey, hablaba ya de “los malditos calendarios”.

14 Carta desde París, el 3 de noviembre de 1802, con la primera remesa de instrumentos y libros para la Universidad.



La Universidad de Santiago de Compostela, en los años en que explicaba en ella Matemáticas Sublimes el sabio de Bermés.

De acuerdo con una iniciativa surgida en Inglaterra, los geodestas franceses estaban en aquel momento entregados a establecer un nuevo sistema de pesas y medidas, el futuro sistema métrico decimal, a partir de la medición de un arco del meridiano terrestre. Delambre y Mechain ya lo habían triangulado entre Dunkerque y Barcelona, y en 1805 son encargados Arago y Biot para hacer lo mismo entre Barcelona y la isla de Formentera. Conocían bien la capacidad de Rodríguez, y cabe suponer que de París partió la sugerencia de su incorporación al proyecto. Su nombramiento como representante de España en la medición del Arco, junto

con el valenciano José Chaix, le llegó de Madrid a principios de 1806. La Universidad de Santiago tendría que seguir esperando.

Las mediciones en la costa catalana y Mallorca se prolongan durante dos años; mejor dicho, se ven interrumpidas por la invasión napoleónica al cabo de ese periodo de tiempo, aunque para entonces ya estaban casi concluidas. A petición de la Junta Central, en plena Guerra de la Independencia, Rodríguez le remite un completo informe de las observaciones, medidas y cálculos realizados; un informe cuya publicación aparece pidiendo ante las Cortes treinta años más tarde, en 1838, su alumno Domingo Fontán —que declara conocer el original—, aunque no llegaría a ver la luz, y se ha perdido<sup>15</sup>.

#### 4. HACIA EL SISTEMA MÉTRICO

Nos ha quedado el relato de las venturas y desventuras de los jóvenes científicos durante la medición de la Meridiana (Arago contaba sólo 20 años, Biot 32 y Rodríguez 36), gracias al recuerdo que de ellas hace el primero en sus memorias de juventud, publicadas en 1854<sup>16</sup>. “Partimos de París el señor Biot y yo, junto con el comisario español Rodríguez, a comienzos del año 1806”... Y todo lo que sigue parece copiado de una novela negra, que se desa-

<sup>15</sup> Aller, R., ob. cit. pág. 14.

<sup>16</sup> Arago, Francisco: “Historia de mi juventud. Viaje por España, 1806-1808”. Colección Austral de Espasa-Calpe, nº 556. Madrid, 1946.

rrolla en la España profunda del Antiguo Régimen: pícaros, bandoleros, pobreza, sobornos, crueldad, miseria cultural y humana.

Entre las anécdotas que compartió con Rodríguez, cuenta Arago que él tenía mucho interés en comprobar si era verdad lo que le habían contado acerca del derecho de asilo: que un delincuente podía librarse de la horca si se acogía a tiempo a sagrado. “Supe –escribe– que en un pequeño claustro de la iglesia mayor de esa ciudad (Barcelona) vivía tranquilamente, garantizado de toda persecución por la santidad del lugar, un salteador de caminos, culpable de varios asesinatos. Quise asegurarme de la realidad de este hecho con mis propios ojos, y para ello fui a visitar con mi amigo Rodríguez el claustro en cuestión. En el momento de llegar, el asesino almorzaba unas viandas que una mujer le había llevado. Sin dificultad adivinó el objeto de nuestra visita, e inmediatamente hizo una serie de demostraciones tendentes a convencernos de que si el asilo era seguro para un desvalijador, no lo era de ninguna manera para nosotros”. Es decir, que tuvieron que salir por pies.

La presencia de los invasores sobre el suelo patrio pondrá a prueba la estrecha amistad de Rodríguez y el joven sabio francés. Este es encerrado en el castillo de Bellver, en Mallorca, juzgado y condenado a muerte bajo la acusación de ser un espía de su país. “El excelente señor Rodríguez –cuenta Arago– con el objeto de distraerme un poco del aburrimiento de mi encierro, me traía de cuando en cuando los periódicos que conseguía en la ciudad”. En uno de ellos deploran el destino que le espera a un joven astrónomo francés... “Puesto que hablan de mi suplicio –le dije a mi amigo Rodríguez–, el acontecimiento no ha de tardar en realizarse; deseo fugarme de la fortaleza, y a usted le corresponde conseguirme los medios”.

Las páginas siguientes relatan las visitas de Rodríguez al capitán general, al que convenció para que dejase escapar a Arago, en connivencia con el comandante de la fortaleza; o sus negociaciones con un pescador de la isla para que lo trasladase a Argel. Así pudo despedir a su amigo en la playa el 28 de julio de 1808, y éste pisó tierra africana cinco días después. No terminarían con ello las desventuras de Arago, ya que fue capturado de nuevo cuando navegaba hacia Marsella, pero aquí concluyen sus alusiones al sabio de Bermés.

## 5. LA TIERRA ES ACHATADA POR LOS POLOS

A finales de aquel mismo año de 1808, la Suprema Junta Central encomienda a Rodríguez la confección de un mapa “exacto” de España, así como un nuevo sistema de pesas y medidas que fuese válido para todo el territorio nacional; para iniciar su trabajo, se traslada a Cádiz... pero al año siguiente mar-

cha comisionado a Londres para informarse de los últimos avances ingleses en la aplicación de la Astronomía a la navegación.

Durante los más de tres años que va a pasar en el Reino Unido (en Santiago vuelven a declarar vacante por ausencia su cátedra en 1811), Rodríguez no se limita a cumplir la misión encomendada: le sobra tiempo para corregir los cálculos geodésicos realizados por el coronel William Lambton en la India, y hacer lo mismo con la medición de tres grados del Meridiano que había llevado a cabo el prestigioso científico William Mudge, que llegaba a la conclusión del achatamiento de la esfera terrestre por el ecuador. La corrección de estas medidas que hace el sabio gallego demostrará definitivamente, y con una precisión nunca lograda hasta entonces, todo lo contrario: que la Tierra es achatada por los polos y abultada por el ecuador, como ya había apuntado Newton.

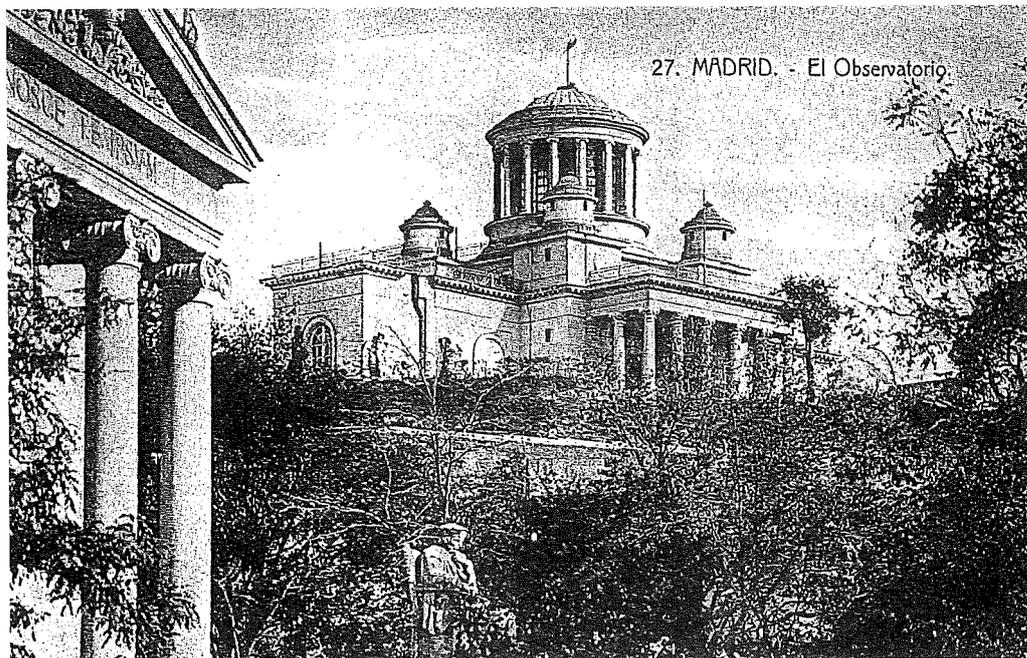
“El valor del achatamiento adoptado por Rodríguez –afirma Ramón Aller– era el más aproximado en su tiempo, y en este punto hizo justicia a nuestro matemático el Dr. Leslie en la Enciclopedia Británica”. “Nuestro paisano –comenta en otro lugar– “parece dotado de un instinto particular para descubrir equivocaciones”<sup>17</sup>.

Las correcciones a las que somete los cálculos de Mudge se las comunica Rodríguez a la Real Sociedad de Londres con fecha de 4 de junio de 1812, en un minucioso informe, publicado primero en inglés y más tarde en francés, y que será la única obra impresa de nuestro paisano que podamos conocer hoy, aparte del “pasatiempo” de sus calendarios, de los que hablaremos más adelante<sup>18</sup>.

Sólo tres meses antes de presentar ese informe, que causa notable revuelo en los medios científicos, en España se había producido un hecho de importancia trascendental: la aprobación por las Cortes de Cádiz de la Constitución que, para Rodríguez y todos los liberales, anunciaba la caída del Antiguo Régimen y el establecimiento del Estado de las libertades y los derechos cívicos. La promulgación de la Carta Magna, sin hablar de las presiones que recibía desde Santiago, aceleró sin duda su regreso aquel mismo verano a Galicia, donde lo encontramos a finales de julio. Se había marchado en 1802 para estar ausente dos años, y había tardado diez en volver; no tenemos, al menos, constancia de ninguna visita a su tierra durante todo ese tiempo. Cuando llega a Bermés, lo hace ya precedido por su fama y aureola de sabio; y es seguro que

<sup>17</sup> Aller, R., ob. cit. págs. 70 y 18, respectivamente.

<sup>18</sup> “Observations on the mensurement of three degrees of the Meridian, conducted in England by Lieutenant Colonel William Mudge”, by Joseph Rodriguez; London, 1812. Delambre tradujo al francés y publicó este informe en la revista científica “Connaissance des Temps” (París, 1816). Ramón Aller incluyó su versión española en la biografía del Matemático, con el comentario científico de su contenido. Y Carlos Brandido, en el artículo ya citado, analiza asimismo, a partir de ese informe, la contribución del sabio gallego a la determinación de la forma y dimensiones de la Tierra.



El Observatorio Astronómico de Madrid, del que fue director José Rodríguez.

la mayoría de las anécdotas que de él conserva la tradición local (que al final recordaremos) corresponden a sus visitas a la parroquia durante los dos años que dedica a explicar Matemáticas Sublimes en Santiago. Dos años, pero ni un día más...

## 6. DIRECTOR DEL OBSERVATORIO DE MADRID

“¿Qué iba a hacer Rodríguez en Santiago después de lo que fuera había trabajado?”, se pregunta, comprensivo, D. Ramón Aller<sup>19</sup>. En 1814, solicita y consigue ser pensionado para una estancia de 24 meses en Alemania, “perfeccionándose en las ciencias naturales, y principalmente en la Mineralogía”. (Aparte del francés y del inglés, hay que suponer que hablaba asimismo el alemán, o lo aprendió muy pronto). Primero estudia en la Escuela de Minas de Freyberg, en Sajonia<sup>19</sup>, la fabricación de la porcelana, y en el invierno de 1817 lo encontramos asistiendo a clase en la Universidad de Gottinga, de cuya estructura y funcionamiento remite un amplio informe a Santiago, al tiempo que envía diversos aparatos científicos y anuncia su paso a Francia en la primavera siguiente.

<sup>19</sup> Aller, R., ob.cit.,pág. 21

En respuesta del 27 de julio de 1817, el Claustro le agradece todos sus desvelos, pero le pide asimismo que venga a atender su cátedra, y le recuerda lo establecido sobre la residencia y obligaciones de los catedráticos... Un mes antes, había enviado una carta desde Bayona, lo que permitiría pensar en una posible visita a Madrid, y tal vez a Galicia, durante ese verano; pero si la realizó, no fue muy larga, ya que otra carta de 2 de diciembre de ese mismo año lo sitúa nuevamente en París, impartiendo lecciones de Astronomía en la Academia de Ciencias.

En esta última misiva, aparte de anunciar la remesa de más aparatos científicos, cuenta que un emisario del gobierno argentino “enviado aquí para buscar Sabios y Artistas, me ha hecho las propuestas las más lisonjeras (...), pero estoy absolutamente decidido a seguir la suerte, desgraciada o próspera, de mi patria, que nunca abandonaré”. En España han vuelto a soplar vientos absolutistas; tras abolir la Constitución, Fernando VII gobierna con su “camarilla” un país aborregado y servil, que ni conoce ni desea la libertad.

Rodríguez no quiere irse lejos, pero tampoco le apetece volver de momento a España. A mediados de 1818, con una nueva pensión del gobierno, amplía sus investigaciones mineralógicas en otros países: “A últimos de mayo o principios de junio –escribe– espero salir de aquí (París), atravesar la Suiza por el San Gotard y visitar mineralógicamente parte de la Italia; y si hubiese bastantes dineros, hasta el Vesubio”. El 4 de agosto ya escribe desde Roma, entonces capital de los Estados Pontificios presididos por el Papa-Rey; en todo momento deja traslucir su talante liberal, y al tiempo que alaba el impulso dado por el Pontífice a las Bellas Artes, lamenta su olvido de las ciencias naturales.

A finales de diciembre está de nuevo en París. Allí es conocido y respetado en los círculos científicos, y tiene amigos. (Uno de ellos es el abate Haiüy, fundador de la cristalografía, que le regaló una colección formada por 1.024 modelos representativos de todas las derivaciones posibles de los tipos cristalográficos, que hoy conserva la Universidad de Santiago). La capital francesa es, además, como ya se ha visto, un lugar idóneo para tener ofertas de trabajo. La que recibe a principio de 1818 es tentadora: el zar Alejandro I le invita a trasladarse a San Petersburgo para hacerse cargo del Depósito Geográfico “del imperio de todas las Rusias”...

Pero Rodríguez quiere, ante todo, ser útil a su patria. Tal vez una salud delicada no le permite aceptar un cargo de tan alta responsabilidad, que coartaría además su libertad de movimiento; o tal vez está informado de que en España se van a producir pronto cambios importantes en la vida política, y quiere ser testigo y actor de esos cambios. Lo cierto es que antes de aceptar la invitación del zar, consulta con Madrid, y aquí le hacen una oferta digna de trabajo para que regrese cuanto antes y ponga sus conocimientos al servicio de España.

## 7. DEL ENTUSIASMO AL DESALIENTO

En la primavera de 1819, Rodríguez se traslada a Madrid para recoger su nombramiento como primer profesor de Astronomía en el Museo de Ciencias Naturales y director del Observatorio Astronómico<sup>20</sup>. Así se lo comunica a la Universidad de Santiago, a cuya disposición pone su cátedra vacante, que será ocupada por su discípulo Domingo Fontán. Poco tiempo después, ya cuenta que ha formado parte de un tribunal de examen presidido por el rey, y habla de su planes al frente del Observatorio, “al que pienso legar todos mis libros, instrumentos y colección”<sup>21</sup>. Para captar recursos, al director se le confería la facultad exclusiva y obligatoria de confeccionar y vender almanaques con pronósticos meteorológicos (él prefiere llamarlos “adivinaciones”), que eran muy apreciados por el pueblo; por los tres calendarios que llega a dar a la imprenta (1822, 23 y 24) podemos conocer hoy el gran sentido del humor de nuestro paisano y su fina ironía gallega, como se aprecia en el texto que reproducimos.

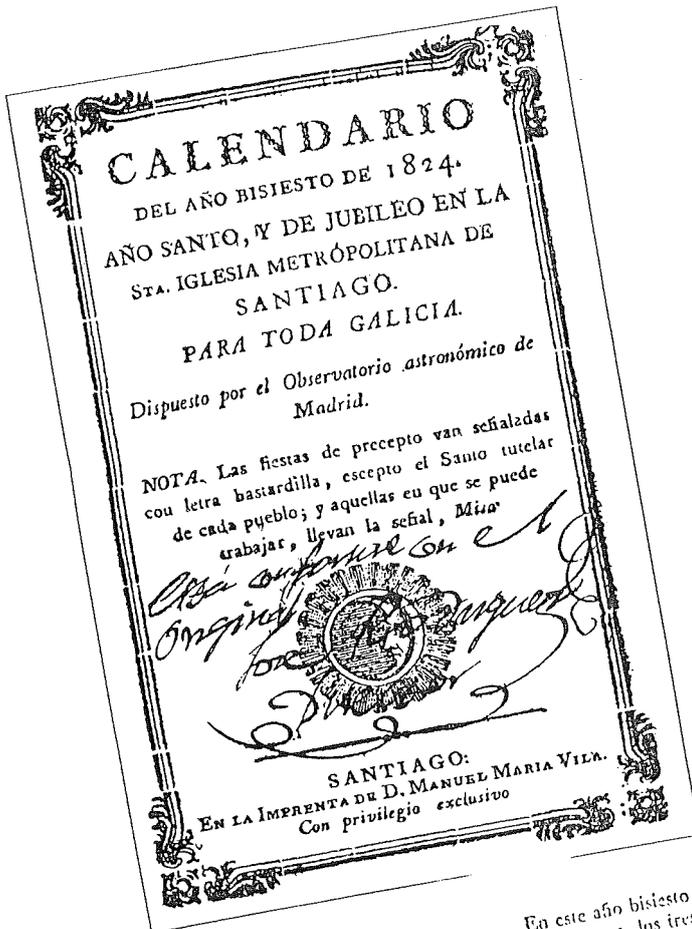
En 1820 se abre el corto paréntesis del trienio liberal, que restablece los derechos cívicos consagrados por la Constitución de Cádiz, y va a inaugurar asimismo la etapa final de la vida de nuestro sabio, la más entusiasta y también la más triste de todas. Acaba de cumplir 50 años, y le restan sólo cuatro, dos llenos de proyectos e ilusiones, y otros dos de dolor y desaliento. Durante los primeros, Rodríguez pone todo su saber al servicio de la organización del Observatorio y de sus alumnos de Astronomía; disfruta, por una vez, de cierta holgura económica, que le permite ayudar a sus hermanos, a su sobrino, o a sus tías, como se desprende de sus cartas; y aunque a veces se confiesa débil y enfermo, termina cediendo ilusionado a la tentación de la política.

Elegido diputado a Cortes por Galicia, toma posesión del escaño el 7 de marzo de 1821, y lo primero que hace es apoyar la creación de un quinta provincia gallega, con capital en Santiago, que incluiría por el sur las comarcas de Trasdeza, Deza y Tabeirós. Pero sólo un mes después ya sabe que no lo va a conseguir: “Santiago pretende ser capital y tener Audiencia –escribe el 14 de

---

20 Rodríguez había renunciado a los 4.000 rublos de haber anual que le ofrecían en Rusia por el de 24.000 reales que iba a ganar en Madrid, y con un difícil compromiso. El Observatorio, construido en 1790, había llegado a estar bien dotado de instrumentos y personal, pero los invasores franceses lo habían arrasado, y Rodríguez venía en realidad a rehabilitarlo y a ponerlo en funcionamiento, algo que no podría lograr, por falta de medios y porque se lo impedirían los acontecimientos políticos. Cuando en 1823 se le pide una relación del personal afiliado al Observatorio y del estado económico de éste, “contestó que no había en el establecimiento más empleados que él y un guarda, cuya misión estaba reducida a custodiar las maderas de la obra para que no fuesen robadas” (Barreiro, A.J., “El Museo Nacional de Ciencias Naturales”, págs. 141-143, Madrid, 1944).

21 Tras la muerte del científico, los instrumentos, libros y apuntes que Rodríguez pensaba donar al Observatorio Astronómico quedarían guardados durante años en cajas en el Museo de Ciencias Naturales de Madrid, hasta que se dieron por perdidos, tras varios intentos por parte de la Universidad de Santiago y sobre todo de Suárez Freire para recuperarlos; la que resultó beneficiada fue la sección de minerales del centro, gracias a los que Rodríguez había reunido en sus investigaciones de campo.



En este año bisiesto reñan, mandan y gobiernan en esos mundos aereos los tres planetas Piter, Venus, Marte y el tremebundo Cometa Miramolin de las tres colas largas: astrós todos de genios, condiciones y Influencias tan malignas y encontradas, que es difícil descubrirlas y pintarlas. Sobre todo el señor Miramolin es Cometa tan travieso y fufioso en su carrera, que si le peta la gana, descarga tales coletazos sobre la pobre tierra, que la echan a rodar por esos espacios de Dios, hasta reducirla á polvo tan menudo como el de la salvadera. El Señor nos libre de las Influencias de tan malino y perverso malandrín y lo arroje allá á tierra de uegros, para desgrasarlos y hacerlos almondiguillas.

Entre los grandes acontecimientos que presagian estos señores planetas, anuncian en este año bisiesto lo siguiente: el Invierno será frío y lluvioso; pero con intervalos de tiempo muy sereno, trabajador y traíficante: la Primavera húmeda y de sembreras tardías: Verano hermoso, alegre y praduétivo: Otoño templado, sano y casanero.

Morirán viejos y mozos, pero las viejas y demas tías, que huelen á chamusco y á unguento de Zagarra-murdi, esperan aun el Calendario del año que viene. También morirán muchos niños y niñas de viruelas, porque la vacuna que preserva de este mal, se ha escapado á tierra de mores. Morirán igualmente escribanos y curiales en cantidad, y es lastima, porque esta buena gente es muy eclosa de los derechos y haciendas ajenas.

Se casarán las buenas moctas y las feaz quedarán paratías, bezas y randeris. Dichosas ellas si sus buenos costum-bres las hacen hermosas y agradables al Señor: y no se les dé un plto por los placeres de las casadas, que harto tienen que remar si cumplen con los deberes de buenas esposas y madres de familia.

Portada (imagen anterior), con la firma de Rodríguez, y una de las páginas del calendario correspondiente a 1824. No podía imaginarse su autor que entre sus “adivinanzas” para aquel año estaba ya escrita, entre líneas, la de su propia muerte; 1824 fue bisiesto, y también Año Santo Compostelano (Cortesía del Prof. X. Barreiro Fernández, catedrático de Santiago).

abril—, La Coruña pretende lo mismo por derecho de posesión; ahora viene Lugo con sus impresos para la misma pretensión de Audiencia; por manera que luego vendrá Orense con las suyas, así como todas las demás villas de la Nación solicitan ser capitales, porque cada una no piensa más que en sus intereses particulares, sin mirar a la conveniencia pública”. En otra carta firmada el 28 de noviembre, reconocerá que “casi todos nuestros gallegos se opusieron como energúmenos a una quinta provincia con capital en Santiago”.

Al ser creada en 1821 la Academia Nacional, Rodríguez es nombrado miembro de su sección de ciencias físicas y matemáticas; y se encarga asimismo de la cátedra de Astronomía de la Universidad Central, también creada aquel mismo año; aunque ambas instituciones fueron sólo la flor de un día.

Cuando llevaba menos de un año en las Cortes (carta de 15-12-1821), ya se confiesa “lleno de amargura por los males de Cádiz, Sevilla, Navarra y de nuestra buena y amable Galicia<sup>22</sup> y por las discusiones escandalosas que han tenido y tienen lugar en el Congreso”. Se siente decepcionado y débil, enfermo en el cuerpo y en el espíritu. En carta fechada en 19 de enero de 1822, ya empieza a reflexionar sobre la conveniencia de irse “deshaciendo de tantos cuidados y faenas deste mundo percedero para ocuparse en prepararse una muerte cristiana”.

Pero no deja por ello de continuar con su estudio de los minerales, una buena excusa para alejarse de las intrigas políticas madrileñas. A mediados de abril escribe desde Almería, y dice que piensa pasar a las Alpujarras, “donde hay inmensas minas de plomo”. Y a primeros de agosto, anuncia su próxima salida “probablemente para Valencia y Cataluña”, con la esperanza de “fortificar mi salud decaída con el ejercicio y los viajes mineralógicos”<sup>23</sup>, y tenía pensado asimismo hacer una escapada a Francia y Países Bajos; aunque no hay constancia de que llevara a cabo esos proyectos.

22 Los grupos de presión defensores del absolutismo estaban creando graves problemas en casi todas las regiones de España, y Galicia no era una excepción. En sus comarcas del interior, y en concreto en Deza (de lo que suponemos informado a Rodríguez), empezó a actuar entonces contra los liberales la “guerrilla” local de los “Voluntarios Defensores de la Fe”, apoyada por el clero, hidalgos y terratenientes. Sobre sus movimientos en la comarca, véase Francisco Vilariño, “Reseña histórica del Condado de Deza”, edición de A. Vázquez, Madrid, 1987.

No queremos pasar aquí por alto un dato interesante, o al menos curioso. Alguien invita a Rodríguez a trasladarse a un determinado pueblo de Galicia, y él contesta desde Madrid (15 de junio de 1822): “Yo pienso salir pronto de aquí, no para Baldeorras, como Vd. quiere, pues en ese caso iría derechamente a Santiago; pero deseo atravesar la Francia para visitar la Flandes y Holanda”, etc. ¿Por qué invitan a Rodríguez a Valdeorras?. ¿Tal vez porque esta localidad orensana albergaba una de las sedes (la segunda en importancia en Galicia) de la sociedad secreta de “Los Comuneros”, que tanto había tenido que ver en la proclamación de la Constitución en La Coruña el 21 de febrero de 1820?. Sea lo que fuere, por la respuesta evasiva del hombre de ciencia se puede advertir que no le atrae nada la idea...

23 Aller, R., ob. cit., pág. 43.

## 8. HUÍDA HACIA GALICIA, PARA MORIR

Desde el verano de 1822 hasta mediados del 23, no hay noticias de las ocupaciones de nuestro sabio; no sabemos si estuvo ausente de Madrid, si estuvo enfermo o se mantuvo alejado de la vida pública, en previsión de los acontecimientos políticos que se estaban fraguando. Los Cien Mil Hijos de San Luis, al mando del duque de Angulema, llegan a Madrid el 24 de mayo, y su presencia significa la clausura de aquel segundo periodo constitucional que tanto entusiasmo había despertado entre los liberales. Queda abolida la Constitución, suprimidas las Diputaciones, y se desata el revanchismo político, hasta hacer correr la sangre.

Privado de sus cargos, como otros muchos constitucionalistas depurados, Rodríguez “fue insultado, escarnecido y víctima de persecuciones injustificadas, no habiendo cometido otro delito que haber representado a su país en las Cortes y haber trabajado toda su vida por el progreso de las ciencias”<sup>24</sup>.

Podemos imaginarnos la angustia de aquel hombre, destrozado física y moralmente; tal vez escondido en casa de algún amigo, y pensando en cómo y dónde encontrar un lugar seguro. Había ido a El Escorial “a pasar la Semana Santa y la Pascua, con ánimo de que el ejercicio y los ayres de aquellos montes me restablesen de mi constipado”<sup>25</sup>, y a mediados de agosto anuncia a sus amigos (no sabemos si a alguno le comunicó sus planes) que iba a continuar con sus excursiones mineralógicas por la sierra madrileña...

Un mes más tarde, el 22 de septiembre de 1823, un amigo que había sido compañero suyo en el Congreso, el compositor Mariano de Ledesma, ruega en una carta a Fray Toribio López, fraile del monasterio de El Escorial, que “se busque al Dr. José Rodríguez González, que salió sólo a una exploración de Ciencias Naturales el 25 de agosto”, y no se ha vuelto a saber de él<sup>26</sup>.

Un mes sin dar señales de vida, al que seguirán –al menos para nosotros– otros diez más sin noticias acerca del sabio de Bermés. Carecemos de la única fuente de información, su correspondencia, y sólo podríamos hacer especulaciones para llenar ese vacío. No sabemos si fue localizado por el fraile de El Escorial, si llegó a regresar a Madrid, o si permaneció ilocalizable durante todo ese tiempo. Podríamos aventurar, incluso, que aprovechó su excursión a El Escorial para esconderse en alguna parte. Tal vez, ya desde el primer momento, inició su escapada hacia Portugal, donde lo encontramos en el verano de 1824. El 30 de junio envía una carta a su amigo Suárez Freire, y lo mismo hace el 21 de agosto. Dice que ha pasado un tiempo en Lisboa, que se encuen-

<sup>24</sup> Rodríguez Mourelo, J., ob. cit.

<sup>25</sup> Aller, R., ob. cit., pág. 23.

<sup>26</sup> Filgueira Valverde, J., ob. cit. págs. 31 y 33.

tra con “bastante debilidad y ningunas ganas de escribir o de hablar de cosas públicas”, y que estará pronto en Compostela..

Desea llegar cuanto antes a Galicia, para morir. Ya en Santiago, se refugia en casa de su amigo, donde lo visita y le receta un médico (¿llegarían a enterarse de su presencia las poderosas fuerzas reaccionarias de Santiago?), y en ella fallece al anoecer del día 30 de septiembre, después de recibir todos los auxilios espirituales. Le faltaba un mes para cumplir 54 años.

Los restos mortales de “O Matemático de Bermés” fueron inhumados al día siguiente, 1 de octubre, en la iglesia de San Agustín; y la falta de una lápida que los identificase impidió que, en su momento, pudieran ser trasladados al Panteón de Gallegos Ilustres.

## 9. SU RECUERDO, EN BERMÉS

A la hora de encontrar una explicación a su muerte, que seguramente cogió de sorpresa a su familia y paisanos, en Bermés tomó cuerpo la especie de que había sido envenenado. “Era pobre, ¿e xa non querían que fora cadeirático!”... Y afloraron los recuerdos, y se refrescaron las anécdotas, y la figura de “O Matemático” pasó a ocupar un lugar de cariño, admiración y respeto en la memoria local, a medio camino entre la historia y la leyenda:

\* “Cando tiña que cavilar, facíao paseando por unha trabe acalexada que estaba posta pra levar a auga por encima da congostra. ¡E non se caía!”.

\* “Seu irmau Manuel quixo un día gastarlle unha broma e meteulle un papel de fumar debaixo dun aparato que tiña pra ver as estrelas. Cando O Matemático foi mirar, dixo: O el cielo bajó o la Tierra subió”.

\* “Sempre andaba de camiño. Iba polo monte, collendo herbas e pedras, e falaba sempre coa xente, e facía moitas preguntas. El sabía de todo”.

\* “Un día de sol, sin unha nube no ceo, estaban os da casa de Rozas, no Vento, deitando os mollos pra facer a malla, e pasou él por alí e díxolles: Non bodedes o eirado, porque vai chover. ¡Cousas de Rodígues!, pensou a xente. Botaron o eirado, e cando lle estaban dando cos mallos, caeu unha tronada e perderon media anada”.

\* “Para a casa non lles valeu moito; mesmo dín que podía ter librado de servir al Rey a todos los mozos da sua familia”, sentenciaba la abuela,

mientras el abuelo, José Vázquez Rodríguez, escuchaba en silencio. La queja recogía el último eco de un cierto sentimiento de frustración que se ha transmitido en casa de padres a hijos; pero que está lejos de la realidad.

Es cierto que “O Matemático” no legó a su familia riquezas, ni títulos, ni privilegios, pero por su correspondencia podemos saber de su preocupación por el estado económico y la salud de sus dos hermanos, Manuel y Andrés (al segundo lo tuvo largo tiempo hospitalizado a su costa en Madrid); de su interés por la formación de su sobrino, que se preparaba para el sacerdocio, a quien envía dinero y libros (¡ con seis ejemplares de la Constitución, porque desea “que el Señor lo haga buen clérigo”, pero de “una virtud algo ilustrada”); e incluso de su atención a familiares no tan próximos: “Si tuviese ocasión de librar a mi prima D<sup>a</sup> Rosa González, casada en Sta. María de Sanguñedo, la cantidad de 200 reales, se lo estimaré a Vd.. Esa es una buena prima, acaso por medio de su amigo Villar de Donramiro<sup>27</sup>, se lo estimaré a Vd.. Esta es una buena prima, pide dinero, y es preciso regalarle algo, lo mismo que a su buena madre D<sup>a</sup> Margarita. Todo el mundo pide dinero, y no hay qué hacer” (1-5-1821) En marzo del año siguiente, encarga que a esa misma prima “se le compre ropa en la feria de Lalín”.

Y un apunte más, referido a la patria chica del sabio y que ha quedado impreso en la memoria colectiva: el geodesta que había participado en la triangulación del meridiano terrestre, que había demostrado que la Tierra es achata-da por los polos, y que había iniciado las mediciones necesarias para levantar un mapa “exacto” de España dejó dicho a sus paisanos que el centro de Galicia está situado en Bermés, “na Fonte Filgueiroa”, en el lugar de O Vento, a un kilómetro de su casa natal, y por cierto, a un tiro de piedra de la que vio nacer al director de estos cuadernos, Román Rodríguez. Huelga decir que este emblemático punto geodésico está esperando que allí se ponga, al menos, un monolito.

## 10. ANTOLOGÍA DE TEXTOS

Una breve selección de textos, de Rodríguez y de quienes lo trataron o escribieron acerca de él, permite aproximarnos un poco más a la figura del científico y del hombre:

\* “Parece que aquí se hallan establecidos muchos de nuestros paisanos, hombres de mérito y que se hacen estimar por sus principios de honradez

<sup>27</sup> Está por ver la relación de parentesco, que nos parece evidente, entre los Rodríguez de Bermés y la familia del político Crespo Villar, de Donramiro, el todopoderoso cacique de la comarca durante el segundo tercio del siglo XIX.



Memorial del Matemático Rodríguez en el claustro de la Universidad compostelana.

y pundonor, esto me ha dado satisfacción, pues mis ardientes deseos son de que nuestra Provincia, y en especial los descendientes de la reina Lupa, se hagan respetar del resto de mamelucos iberianos, y que no los confundan con los aguadores o mozos de cordel” (Carta, recién establecido en Madrid, a su amigo santiagués Suárez Freire, el 29 de mayo de 1819).

\* “El Observatorio está encargado de la composición del almanaque de las provincias, y la de Santiago, patrón reverendo de las Españas, debe tener el mejor, el más lindo y el más adivinador” (Carta de 17 de marzo de 1820).

\* “Somos todos de Deza, y no ay más remedio sino hacer unos por los otros quanto sea posible” (Comentario, en carta de 3-7-1819, sobre una recomendación que le han pedido).

\* “Ningún pueblo de la tierra hizo el paso repentino de un estado de embrutecimiento, de esclavitud y de barbarie al de libertad, de independencia y de razón con más orden, más moderación y mayor dignidad que el pueblo español” (Carta de 11 de mayo de 1820, recién inaugurado el segundo periodo constitucional, con el entusiasmo de quien piensa que España ha roto al fin las cadenas del Antiguo Régimen).

\* “En Asturias no se ha vendido uno, y en Orense muy pocos, a pretexto de que los curas influyen en las gentes, diciéndoles que el Calendario de este año está hecho por un republicano”. “Los curas han predicado en el ofertorio de la Misa para que nadie tomase el calendario de Vd.”. (Cartas de 30 de enero y 5 de junio de 1822, en las que su amigo Rey explica a Rodríguez lo que está pasando con la venta de sus almanaques).

\* “Sin perjuicio de estas dos facultades (Filosofía y Teología), se dedicaba a la música, al baile, a la historia natural y, además, por gusto y por pasión, sin maestro y no por los mejores libros, se dedicó a las Matemáticas Puras y Aplicadas” (De la “Biografía” cit., escrita por su sobrino Fco. Javier, refiriéndose a los primeros años de su tío en Santiago).

\* “Parece que los franceses, más generosos que sus conciudadanos, erigieron (a Rodríguez) un monumento para perpetuar su memoria” (Fernández Alonso, B., “Discurso de contestación al de ingreso de Durán Loriga en la Real Academia Gallega” (Bol. RAG, nº 57, 1912)